

ASIA CENTRAL

Resumen:

Asia central es una de las zonas del planeta más importantes y, al tiempo, olvidadas por la Unión Europea. Su gran extensión y su muy relevante posición geoestratégica requiere conocer con más profundidad esta región. El hecho de ser un gran colchón entre Rusia y China y la vecindad a países muy conflictivos como Irán o Afganistán debería ser objeto de más interés. Es muy importante la herencia comunista pues son Estados surgidos de la desintegración de la URSS en 1991. Veinte años después, la democracia en estos países es muy lejana. Son muy relevantes otros factores como la presencia islamista, su gran poderío energético, la potencialidad comercial, la inseguridad de sus fronteras con el problema particular del tráfico de drogas y el interrogante de su futuro tras la retirada militar en Afganistán.

Abstract:

Central Asia is one of the most important areas of the planet and, at the same time, of the most forgotten by the European Union. Its great extension and its relevant geostrategic position requires a deeper knowledge of this region. The fact of being the great mattress between Russia and China and the neighbouring with countries in conflict such as Iran and Afghanistan should make it aim of a greater interest. It's very important the communist heritage because they are States who resulted from the disintegration of the URSS in 1991. Twenty years later, democracy in these countries is very far away. There are some other very relevant factors such as the Islamist presence, it's great energetic power, the trading potency, the insecurity of their borders with the particular problem of drugs traffic and the question mark about its future after the military withdrawal in Afghanistan.

Palabras clave: Asia Central, Kazajstán, Kirguizistán, Turkmenistán, Tayikistán, Uzbequistán, energía, islamismo, URSS, Rusia, estabilidad, Afganistán, comunismo,

Keywords: Asia Central, Kazajstán, Kirguizistán, Turkmenistán, Tayikistán, Uzbequistán, energy, islam, URSS, Rusia, stability, Afganistán, communism,

Cuando desde la Europa decadente hablamos de Asia, nuestro pensamiento se dirige solo a China, India o Japón, olvidando que entre ellos y Europa hay una zona tan desconocida como muy extensa constituida por Asia Central, la gran olvidada. La extensión de los cinco países de esta región (3,9 millones de km²) es casi la que ocupan los 27 de la Unión Europea (4,6 millones de km²) y ocho de veces el tamaño de España.

Pero hay dos elementos que cualifican el valor de esta gran región.

En primer lugar su origen común como Estados independientes surgidos de la desintegración de la URSS hace poco más de veinte años. En ellos, el común origen comunista, aderezado por su componente oriental, es fundamental para entender su realidad. El segundo elemento muy relevante y que aquí interesa particularmente destacar es su posición geoestratégica que le hace ser un colchón, paralizador o, acaso, inflamable, respecto países de la zona que son de elevado riesgo en cuanto a la seguridad del planeta entero. En efecto, varios de esos cinco Estados son frontera de países como Irán, Afganistán, Pakistán. También es muy relevante el poder energético.

Trataré de un modo particular el primer aspecto, el origen comunista soviético, aderezado con su situación estratégica y otros elementos enunciados de estos países pues todo ello es clave para entender su idiosincrasia y el tema de la seguridad.

La Unión Soviética se configuraba como una unión de territorios constituidos en Repúblicas vinculadas a Moscú a través de un poder central que condicionaba no solo la economía o la política sino también la vida cotidiana de los ciudadanos.

Verdaderamente esos territorios y esas gentes (300 millones de habitantes-súbditos) tenían diverso origen. Pero historia, cultura, idioma y sentimientos de identidad colectiva propios de cada pueblo fueron sacrificados en aras de una macropotencia que por su ideología internacionalista, extensión, población y poderío militar era un imperio.

El centralismo desde Moscú suponía que en un territorio tan amplio y con tantas distancias, todo estuviese bajo control. Los diversos pueblos, donde con mayor o menor intensidad tenían elementos que respondían a unas características identitarias propias, veían como el centralismo totalitario comunista limitaba y despreciaba sus referencias singulares como regiones o países.

También les condicionaba su propia existencia como repúblicas en función de los intereses del dirigismo de un mundo político alejado miles de kilómetros y con unos delegados sucursalistas más ocupados en cumplir los planes emanados del poder central que de aprovechar las potencialidades de cada nación.

Cada una de ellas estaba al servicio y en función del todo y desde ese totalitarismo la aspiración humana a remarcar su propia identidad personal y colectiva era asfixiada. Hasta que todo ese entramado comenzó a resquebrajarse...

Lo que estaba narcotizado a cientos o miles de kilómetros del Kremlin comenzaría a despertar y a ahuyentar los miedos cuando los nuevos dirigentes del sistema intentaron abrir alguna puerta que permitiese mantener en pie un viejo edificio cuyas grietas eran ya de diversa naturaleza a las que se sumaban las de carácter territorial.

El proceso de reformas de la perestroika, impulsado por M. Gorbachov, despertaría los sueños de pueblos diversos que, en no pocos casos, vieron que era el momento de reivindicar con fuerza su propia identidad y sus anhelos nacionalistas o políticos.

En algunos casos, especialmente en las repúblicas bálticas, ello tenía una inequívoca aspiración: la independencia y la recuperación de su soberanía pues siempre se consideraron sometidos a la fuerza.

Otras repúblicas, en cambio, especialmente en Asia Central, solo aspiraban al reconocimiento de ciertos elementos autóctonos vinculados a su cultura o etnia o, a lo sumo, a una cierta descentralización pero admitiendo e incluso apoyando la continuidad, en forma más actualizada, incluso con otro nombre, de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas que se desmoronaba.

Era este, indudablemente, uno de los problemas que más sacudían a la URSS y en un intento de dar parcialmente respuesta a estos movimientos pero recuperando la vertebración del territorio tendría lugar en marzo de 1991 un referéndum sobre la conservación de la URSS en forma renovada.

Así, pues, puede considerarse que el elemento territorial fue, al tiempo, causa y efecto del golpe involucionista de agosto. Siendo una de las razones que intentó frenar esos movimientos de soberanía, produjo, tras su fracaso, una metástasis o estallido en dirección opuesta, haciendo que el nacionalismo se extendiese a Repúblicas donde ese sentimiento identitario era mucho más tenue, haciendo que en poco tiempo, tuviesen

que buscar su identidad no solo Repúblicas gozosamente “liberadas” sino también aquellas que se habían sentido tristemente “huérfanas”.

Precisamente, las cinco Repúblicas soviéticas situadas en Asia Central encajan, plenamente, en el calificativo de “huérfanas”. En todas ellas se había celebrado en marzo de 1991 el referéndum pro mantenimiento de la Unión Soviética. Y en todos estos países los resultados positivos a la propuesta fueron abrumadores, como en general y en lo sucesivo han sido los que se han producido en las diversas votaciones a favor del partido oficialista o el líder en estos veinte años posteriores.

No obstante, no debe dejar de apuntarse que no habiendo sido estas cinco Repúblicas las que desearan volar hacia su independencia, sí que fueron ellas, las que hicieron el enterramiento o el responso final. En efecto, si bien la reunión celebrada el 8 de diciembre de 1991 por los máximos dirigentes de las repúblicas eslavas, Rusia, Ucrania y Bielorrusia, en “Belovézhskaya Pusha”, declararon el acta de defunción del Estado soviético, no fue esto apoyada por el principal dirigente de Asia central, el presidente kazajo Nazarbayev en cual ya entonces tenía gran relevancia como miembro destacado del Soviet Supremo y hoy, cual dinosaurio de Monterroso, continúa allí.

Pero en breves días, éste cambió radicalmente de postura, postulando la desintegración de la URSS. Promovería una posición conjunta con las otras cuatro repúblicas de centro Asia en una reunión que se celebraría en la capital de Turkmenistán. La puntilla se puso el 21 de diciembre precisamente en la entonces capital de Kazajstán, Alma-Ata

Al encuentro no fue invitado Gorbachov el cual les envió una carta solicitando que la liquidación de la URSS se hiciera de forma “ordenada y civilizada, para efectuar la transferencia de poderes a un nuevo organismo interestatal” (la CEI, que nacería muerta). Pedía también que la transición “hacia una nueva forma de Estado” se hiciera de acuerdo con la Constitución de la URSS. Pero todo auguraba que los deseos del terminal presidente soviético no iban a ser tenidos en cuenta.

Llegó el crucial sábado 21 de diciembre. Los presidentes de once de las quince repúblicas soviéticas (todas salvo las tres bálticas y Georgia, cuyo líder finalmente no acudió debido a los importantes conflictos que estaban sucediendo en Tiflis) decidieron en Alma-Atá dar por terminado el periodo soviético. Enviaron a Gorbachov un mensaje comunicándole que la URSS había dejado de existir y le agradecían su “gran contribución”.

El día de la Natividad cristiana de 1991, el 25 de diciembre, fue el sobrio funeral de un Estado ateo. Mijail Gorbachov hizo un sentido discurso televisivo. Poco antes de la retransmisión, había entregado a Yeltsin del botón nuclear y tras desaparecer de la pantalla, la guardia del Kremlin procedió a arriar la bandera roja soviética con la hoz y el martillo y a izar en su lugar la tricolor rusa, como heredera natural del Kremlin.

Las Cámaras legislativas de las 11 repúblicas firmantes ultimaban ya la ratificación de la creación de la CEI. Así terminó sus días el Estado nacido tras la Revolución de Octubre de 1917. Así se derrumbó una de las dos grandes potencias durante los tiempos de la “guerra fría”.

El más importante de estos nuevos Estados en Asia Central, era y es, sin duda, **Kazajstán**, por varios factores. En primer lugar, por su extensión con 2.717 m (cinco veces el territorio de España) aunque con solo 17 millones de habitantes dadas las extensas estepas. En segundo término por su posición geoestratégica, como un gran colchón entre China y la Federación Rusa, de la que le separa 7.105 km de frontera (la más extensa entre dos países en todo el planeta). En tercer lugar por su gran desarrollo económico posterior basado en una muy buena gestión económica y la abundancia de sus recursos naturales, en gran parte debidos a su condición de ribereño del riquísimo mar Caspio.

Kazajstán sería una de las Repúblicas donde se celebraría en marzo de 1991 el referéndum unionista. Allí, el 94% de los electores participantes votaron por seguir integrados en la URSS pero Kazajstán fue la última de las repúblicas soviéticas en demandar su independencia, que sería declarada el 16 de diciembre de 1991 cuando todas las demás ya lo habían hecho aunque se incorporaría e incluso promovería la CEI, que se ha revelado como una organización inútil.

Las elecciones presidenciales tras la independencia se celebrarían el 1 de diciembre, siendo Nazarbáyev el único candidato que concurrió a los comicios obteniendo un resultado más que contundente, un 98,8%.

Así, se visualizaba claramente la línea de continuidad política del sistema por quien (metalúrgico de profesión) había sido hasta entonces máximo dirigente de Kazajstán como república soviética y miembro destacado del Politburó y del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética. Nazarbáyev controlaba todos los resortes del poder, algo que sigue sucediendo absolutamente ahora, veinte años después.

La gran prosperidad (es el país ex soviético con más crecimiento sostenido del PIB en los últimos años), la creación de una clase media inexistente en los países vecinos, su notable estabilidad política, su apertura al exterior, sus avances (aunque bastante lentos) hacia fórmulas algo democráticas, le hicieron ser elegida Presidencia de la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa para el año 2010 y que culminó con una cumbre de jefes de Estado y de Gobierno el 2 de diciembre de ese año, algo que ninguna presidencia anterior de este organismo había logrado organizar desde 1999.

El liderazgo de Kazajstán es claro respecto a los países de la Región y ha combinado su estabilidad con el hecho de ser frontera de países antes mencionados muy complicados desde la perspectiva de la seguridad.

El segundo país de Asia Central a destacar es **Kirguizistán**. Si, según dijimos, las Repúblicas asiáticas fueron Estados independientes por la fuerza de los hechos, acaso fue Kirguizistán la única de la zona que con cierto entusiasmo procedió a declarar su independencia y a seguir la estela de los vientos impulsados por la perestroika de Gorbachov.

A diferencia de otras repúblicas integradas que carecían de una clara conciencia cultural, Kirguizistán sí que hacía gala de elementos identitarios basados en hechos étnicos. Así, a pesar de no ser muy numerosos, los kirguís eran un conjunto de personas que integraban una etnia con una serie de características comunes, definidas y diferenciadas de otros grupos en los cuales existía más mestizaje y menos identidad colectiva, habiendo sido muy activos antaño los sectores antibolcheviques que lucharon intentando evitar la integración en la URSS.

A pesar del intento de las autoridades estalinistas de someter a sus repúblicas a un modelo uniforme, la resistencia de los habitantes kirguizes mantuvo vivos sus elementos más autóctonos. Esto les ocasionó problemas durante decenas de años, con deportaciones, destierros y detenciones de destacados defensores de la idiosincrasia étnica-cultural kirguiza.

Precisamente estas características hicieron que el proceso de apertura iniciado por Gorbachov tuviera un caldo de cultivo para que, antes que en otras Repúblicas soviéticas centroasiáticas, se iniciara en Kirguistán una reivindicación de esferas de libertad e identidad.

Así, pronto se declaró el kirguís como lengua oficial, debiendo mencionarse ya entonces unos violentos enfrentamientos en zonas fronterizas (en el siempre caliente valle de Fergana) entre kirguises y uzbekos con varios centenares de muertos, algo que se reproduciría en otros momentos.

No puede dejar de advertirse que, todavía vigente la URSS, la organización y unidad de las fuerzas opositoras en torno al Movimiento Democrático de Kirguistán, hicieron posible que el Soviet Supremo eligiera en noviembre de 1990 para el nuevo cargo a alguien relevante del ámbito cultural, concretamente al entonces Presidente de la Academia de las Ciencias, Askar Akáyev el cual inició una senda aperturista y reformista.

Pero, una vez más, esta pequeña República iba a sorprender pues su línea manifiestamente rupturista contrastó con el hecho de que en el referéndum que se celebró en marzo de 1991, dio aquí un resultado muy favorable (un 87%) a la opción de permanencia en la Unión como una “federación renovada”, al igual que sucedió en las demás repúblicas de la región.

Estas decisiones no podían quedar impunes para la vieja clase dirigente kirguís la cual aprovechó el golpe de Estado contra Gorbachov para intentar destituir al Presidente Akáyev alineado con la perestroika de Gorbachov y cuya reacción fue contundente en contra del golpe, cesando de modo fulminante al director del KGB en la República.

El fracaso del intento de golpe de Estado y la posición inequívoca de su máximo dignatario que con sentido de futuro apostó con claridad por la reforma, hizo que poco después, el 12 de octubre, Akáyev fuera elegido de forma popular abrumadora (el 95% de los votos) como Presidente del nuevo Estado que surgía. Llevaría a cabo un ambicioso plan de medidas reformistas y liberalizadoras.

Sin embargo, años después su régimen incurrió en abundantes excesos, nepotismo, represiones y fraudes electorales. El producido en marzo de 2005 dio lugar a la tercera revolución, llamada de terciopelo, (tras la georgiana y ucraniana) y la destitución de aquel.

Su sucesor, Bakíev, incurriría en los mismos defectos y fue víctima de un proceso análogo en marzo de 2010, iniciando el país, tras la revuelta popular y las 3.000 muertes en Osh, en el valle de Fergana y el referéndum constitucional de junio de ese año, un inédito intento en la zona hacia una democracia de base parlamentaria cuyo

futuro está por ver. Las elecciones posteriores no han despejado los interrogantes sobre el futuro.

Otra de las Repúblicas asiáticas, caracterizadas entre otras cosas por la pobreza existente y el predominio claro de la religión musulmana (en este caso con clara mayoría de suníes), es **Turkmenistán**, espacio que ocupa la llanura desértica de Karakum (al este del mar Caspio) que ya desde finales del siglo XIX se encontraba bajo dominio de Rusia, aunque compartiendo su presencia con la influencia británica.

Ésta fue importante para que, junto con el nacionalismo campesino, se rechazara inicialmente a las tropas bolcheviques. No obstante, tras la retirada inglesa, quedó expedito el camino para el ejército rojo en 1920, constituyéndose cinco años después en República integrada en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

La colectivización de pueblos nómadas y la fuerte represión (con cierre absoluto de mezquitas y otros centros islámicos) llegó también aquí. Los pequeños focos de oposición fueron objeto de severas purgas en los años treinta.

Cuando se inicia la perestroika durante los ochenta, la lejanía física de esta República respecto Moscú hicieron que su distancia respecto los cambios políticos les mantuviese muy alejado del poder central de las instituciones soviéticas moscovitas y las nuevas corrientes que intentaban abrirse paso en Moscú. A esto se unía el hecho de que careciendo de un pasado común y no tribal, no existiera en esta República un sentimiento de nación.

Ello hizo que habiendo apoyado los jefes locales la línea dura que representaba el intento golpista contra Gorbachov, fuese este territorio de los más claros exponentes del deseo de pervivencia de la URSS. Así, en el referéndum que se celebró en marzo unos meses antes de la desintegración, fue en esta República donde la preservación de la Unión Soviética alcanzó una contundencia más exorbitante (95% de los votos favorables).

Pero tras la desintegración de la Unión y accediendo las demás repúblicas a su independencia, no le quedó a Turkmenistán, en su orfandad, otro camino que buscar su propio destino.

Con la contundencia que caracteriza el “abrumador apoyo” a lo deseado por sus dirigencias en estos Estados, se pasó de lo anterior, la firme continuidad de la URSS, a

aprobarse meses más tarde, el 18 de octubre, en referéndum con un 94% la independencia de la República.

El camino no iba a variar por ello. Sectores opuestos a la intentona golpista (y por tanto defensores de Gorbachov) fueron en agosto y septiembre encarcelados y así como en muchas otras repúblicas las actividades del partido comunista respectivo fueron suspendidas o incluso disueltos, no sucedió así en Turkmenistán, aunque pronto ese mismo partido único cambiaría de nombre por el de Partido Democrático pero manteniéndose los mismos dirigentes y continuando su hegemonía en términos absolutamente ajenos a la libertad y al pluralismo.

Ya antes de ese momento Niyázov era Presidente de la entonces República Soviética de Turkmenistán que siguió funcionando, tras su conversión en Estado independiente, como un sistema absolutamente cerrado, al más puro estilo soviético represor de los años cuarenta.

El poder de Niyázov era más que contundente. La oposición política fue duramente reprimida y el control sobre los medios de comunicación era, ya entonces, total. A ello se unieron sus excentricidades que fueron acrecentándose con el tiempo hasta convertirse en algo patológico.

La capital, Ashjabad, se convertiría en una ciudad surrealista (mezcla de Las Vegas y Disneylandia) donde las construcciones más que caprichosas y la cerrazón del país, al más estilo coreano, hicieron que hasta su fallecimiento por un fallo cardíaco en las navidades de 2006, Turkmenistan fuese el más cruel y represivo de los nuevos Estados surgidos tras la desaparición de la URSS.

El culto obligado a la personalidad de quien se hacía llamar Turmenbashi o padre de los turkmenos y que adoctrinaba las conciencias de sus súbditos con el aprendizaje obligado del Ruhnama o “Libro del alma”, escrito por el propio dictador, marcó desde el primer momento del país surgido en 1991 su historia, cerrazón y trayectoria en la que debe destacarse su inmenso potencial en las reservas de gas, siendo el quinto país del mundo en ello.

Vecino de los dos Estados anteriores y de otro de grandísima importancia es el caso de **Uzbekistán**, también fronterizo con uno de los países más complejos y problemáticos del planeta en la actualidad: Afganistán, lo cual revela la posición estratégica relevante del país uzbeko.

Este territorio pequeño y que comprende abundantes estepas y desiertos es, sin embargo, de los más poblados de la zona, con más de 27.400.000 habitantes de los que junto a algunas minorías, tiene su población más homogeneidad que algunos de sus vecinos, si bien, al igual que Tayikistán los musulmanes (principalmente de origen suní) son también muy mayoritarios, siendo junto con este último citado, el país donde la convivencia más se ha visto más afectada por la implantación de elementos fundamentalistas islamistas.

Integrada en 1925 plenamente en la URSS la República Soviética de Uzbekistán, el comunismo produjo inmediatamente una campaña antirreligiosa y represiva contra el Islam, clausurándose las mezquitas y las escuelas musulmanas, que eran uno de los escasos elementos de identidad propios de este pueblo milenario pero que, a diferencia de otros, nunca tuvo percepción de identidad propia singular aunque ciudades como Jibá y Bujara, además de la mítica Samarcanda, son joyas culturales de la humanidad.

Por cierto, desde el agosto pasado se ha abierto un línea ferroviaria entre esta última y la capital, Taskent y que es servido por la empresa española Talgo, al igual que las comunicaciones en el interior de Kazajstán.

Tiene Uzbekistán una economía basada, sobre todo, en el sector primario, especialmente en la producción del algodón (quinto productor del mundo actualmente) y la seda.

No obstante, como característica de un sistema económico tan centralizado como el comunista, el establecimiento de estas industrias no repercutiría de modo particularmente beneficioso para la población de Uzbekistán, que siempre tuvo uno de los índices económicos más bajos de todas las repúblicas soviéticas.

Al mismo tiempo, el establecimiento, diseñado desde Moscú, de centros industriales se hacía con un nulo respeto al hábitat y al medio ambiente, produciéndose daños ecológicos irreversibles entre los cuales está el gran desastre del Mar de Aral.

Esta catástrofe natural provocada por la insensatez humana requiere una referencia más amplia. Hace 40 años, la extensión de este lago con gran riqueza piscícola, que comparten Kazajstán y Uzbekistán era de 65.000 kilómetros cuadrados. En aquel entonces, las autoridades soviéticas para aumentar la producción de algodón, decidieron desviar el agua de los dos grandes ríos que vertían sus aguas al Aral. Hoy su

superficie es escasamente el 25% y su volumen el 10%. Apenas hay peces y solo una gran extensión de sal que se evapora y no se renueva, generando una gran desertización de la zona.

Precisamente sería uno de los elementos del despertar político de sus habitantes la progresiva concienciación de las barbaridades ecológicas de la zona, diseñadas desde el poder central, generando, para la irrigación masiva de los campos de algodón, una desalinización del terreno y un excesivo drenaje de los ríos, provocando la desecación del mar Aral, uno de los grandes crímenes medioambientales causados en el siglo XX en el planeta.

Junto a ello, la espita de libertad de los años de mandato de Gorbachov, permitió un deseo de recuperar la historia uzbeka y sus elementos identitarios, entre ellos el poco utilizado idioma propio y la religión musulmana. No obstante, todo lo ahogaba el poder hegemónico y totalitario del Partido Comunista y el Soviet controlado completamente ya entonces por Islam Karímov.

En el referéndum de marzo de 1991 sobre la continuidad de la URSS, el resultado en Uzbekistán fue, también, abrumador a favor del sí (95,4%).

Al igual que los demás países de Asia Central (salvo Kirguizistán), los dirigentes uzbekos no tomaron partido por la causa aperturista del presidente M. Gorbachov. De este modo, aprovechando el intento golpista en agosto de los sectores más reaccionarios de la URSS, se llevó a cabo en el país uzbeko la detención de varios líderes de la disidencia interna, aunque visto el pronto fracaso de esa intentona y que varias de las Repúblicas procedían a declarar su propia independencia, lo mismo haría Uzbekistán. A finales de año, concretamente el 29 de diciembre, en plena orfandad, se celebraría un referéndum sobre la independencia en el que el 98,2 de los participantes apoyaron la nueva etapa.

Simultáneamente, tendrían lugar las primeras elecciones presidenciales en las que, como no podía ser de otro modo, Karímov obtuvo un contundente respaldo al frente del Partido Democrático Popular (heredero del anterior Partido Comunista). Obtendría un 86% de los votos a su favor en unos comicios en que la principal fuerza opositora no se le dejó pudo concurrir. El dominio del partido oficial de Karímov era absoluto tanto en el Soviet Supremo como en el Gabinete ministerial, suprimiéndose la figura del Vicepresidente. Las autoridades se aplicaron con especial celo a reprimir las actividades de los grupos religiosos de base islamista, prohibiéndose los partidos

políticos de este tipo.

No era ajeno al pensamiento de los gobernantes uzbekos el constante enfrentamiento que en el país vecino y como inmediatamente se indicará, Tayikistán, se había producido entre las milicias de origen comunista y los grupos islamistas. Los dirigentes opositores fueron duramente reprimidos y, en no pocos casos, detenidos, existiendo, además, una férrea censura y control de los medios de comunicación.

Estos hechos fueron cada vez más denunciados por organismos internacionales de derechos humanos pero sin que Karímov fuese receptivo o sensible a estas críticas, permaneciendo en el poder en la actualidad.

Tras la matanza de Andiyan, de más de mil personas, en el 2005, desde EEUU y la Unión Europea se impusieron sanciones que han sido, como suele suceder, estériles. Hoy prácticamente han desaparecido y su potencial comercial (son, entre otras cosas, los terceros productores de uranio en el mundo) condiciona la actitud hacia ellos de modo que, al igual que en todos estos países, la crítica hacia la actitud represiva en derechos humanos es algo ignorado por todos los dirigentes occidentales.

Procede, por último, referirnos a **Tayikistán**, situada en el sur y cuyas fronteras limitan con otros dos países de Asia Central ya analizados, Uzbekistán y Kirguizistán, pero también con otros dos Estados de indudable importancia como China y Afganistán. Así pues, ocupa un espacio de especial valor geopolítico con diversos factores a tener en cuenta.

Esta actual nación, situada parcialmente en la meseta de Pamir, con alturas superiores a 7.000 metros, Tayikistán, estuvo vinculada históricamente al imperio persa posteriormente conquistado por Alejandro Magno. En otros momentos serían ocupados por los árabes, introduciéndose a partir de entonces el Islam y en épocas posteriores serían las tribus tayikas, dedicadas fundamentalmente a la cría de ganado en las altas montañas, sometidas bien por los afganos o los uzbekos hasta que se incorporaron a la Rusia zarista en 1860.

Integrada en la URSS en 1929 y a pesar de ser una clara minoría étnica, serían los rusos los que asumirían el gobierno y los principales cargos de la Administración tayika, marginando a la etnia mayoritaria del territorio. Se realizaría una clara represión de los elementos característicos de la comunidad originaria, en este caso muy mayoritariamente musulmana suní (un 85%) y chií (5%), tanto en lo que refería a sus

manifestaciones culturales como las de carácter religioso, con alta implantación del islamismo.

Precisamente esa tensión entre la dominación rusa y el elemento étnico-religioso más característico de este pueblo fue constante fuente de conflicto ya en los años setenta y ochenta, con el rechazo de diversos sectores tayikos a la intervención militar rusa en el vecino país de Afganistán. En esta etapa, tuvo auge el desarrollo de la cultura árabe y lengua tayika, llegando ésta a ser reconocida en 1989 como idioma oficial aún antes, pues, de la desintegración de la URSS.

En aquel tiempo, junto a los altos niveles de pobreza y desempleo se unía una notable corrupción, siendo estos elementos, junto al mencionado resurgimiento de signos identitarios, lo que trasladó a las calles un ambiente creciente de rechazo hacia la presencia totalitaria de la dominación soviética y la marginación de lo genuinamente tayiko pero sin que la oposición pudiese presentarse a las elecciones al Soviet Supremo, en el cual el Partido Comunista tayiko obtendría el 94% de los diputados.

En el referéndum de marzo de 1991 sobre la continuidad, renovada, de la Unión Soviética, los resultados en Tayikistán, como en los demás países de Central Asia, fueron rotundos en favor a la permanencia en la URSS, con un 90% de votos favorables.

El fallido golpe de Estado contra Gorbachov en agosto de ese mismo año tendría consecuencias también respecto Tayikistán cuyo presidente, entonces, apoyaba las pretensiones de los golpistas. Pero esto fue efímero.

También Tayikistán declaró su independencia el 9 de septiembre. Aun en esos momentos se produjo un pulso entre el Soviet Supremo, dominado claramente por los comunistas, y el propio presidente de este órgano, respaldado por los sectores aperturistas e islamistas.

Muy pronto la inestabilidad inicial desembocaría en una crisis social de elevado nivel. Serían abundantes las manifestaciones pidiendo el cese del presidente y que fueron reprimidas tanto por la guardia nacional como también con movilizaciones populares, dotándose a los sectores pro-comunistas de armas provenientes de la policía política, haciendo que se incrementaran los enfrentamientos que acabarían desembocando en una larga guerra civil. Desde 1994 gobernaría con mano férrea Rahmonov que se mantiene 18 años después.

A lo largo de los cinco años que duraría formalmente la guerra fueron simultáneos y sucesivos los combates y los acuerdos de tregua entre el gobierno y las fuerzas comunistas por un lado y los sectores islamistas que luchaban por la democracia por otro.

En Tayikistán, llegamos a nuestro punto final tras un trayecto, tan emocionante como turbulento a lo largo de la historia por lugares tan alejados territorialmente como, más aún, en nuestro conocimiento.

En la larga exposición de elementos históricos que consideramos muy necesaria, se ha querido resaltar uno de las principales características comunes de estos países de Asia Central: la pervivencia de genuinos elementos comunistas de marcado carácter soviético. Podemos ver que la escasísima alternancia de dirigentes en el poder y nula si lo enfocamos desde una óptica electoral.

De los cinco países, en dos de ellos se mantienen los dirigentes que ya gobernaban en la etapa soviética de hace dos décadas. En el caso de Tayikistán ahora mencionado, lleva “sólo” 18 años. El de Turkmenistan, el inicial dictador Turmembashi falleció de un ataque al corazón en la navidad de 2006. Quien le tenía que suceder según la Constitución era el Presidente del Parlamento. Pero éste sería enviado a mazmorras y quien sucedió al amadísimo presidente fue el Ministro de Sanidad que justo fue quien le atendió en sus últimos momentos. El único que ha variado en varias ocasiones ha sido el Presidente de Kirguizistán, pero no generalmente como consecuencia de procesos electorales democráticos sino a lo sumo, mediante revueltas producidas ante fraudes o nepotismos.

Esto, la ausencia de cambios de gobernantes a través de elecciones, es algo no solo propio de Asia Central sino que es característica común a los 12 Estados (dejo a un lado los bálticos que caminan ya por otra senda) que surgieron de la desintegración de la URSS. La única excepción es Ucrania que ha cambiado de presidente a través de procesos democráticos. Por cierto, el 28 de octubre, hay en este país unas interesantísimas elecciones parlamentarias.

Esa ausencia de procesos electorales más o menos transparentes (con la única excepción de Kirguizistán), es una manifestación de que en estos países no ha cuajado nada la idea de democracia.

La pervivencia de elementos comunistas es más que evidente. Ello, aderezado con

otros factores como la historia o mejor dicho no historia democrática, o la ausencia de vecinos donde la democracia pudiera contagiarles, es un elemento a tener muy en cuenta. Además, como en la labranza, tiene que haber tierra fértil para que resulte fruto, en esos lugares áridos, no hay campo abonado. Por ello, cuando leíamos que una de las razones de intervención militar en países como Afganistán o Irak, era la implantación de la democracia, algunos no podíamos sino expresar nuestro estupor. Las razones son las expuestas, a las cuales cabe añadir sus tradiciones alejadas de esos valores o su carácter tribal.

Permítanme particularizar un elemento importante: el religioso. Este tiene ópticas diferentes. Así, en Kazajstán o Turkmenistán el comunismo ateo acabo con cualquier foco de religiosidad. No fue así en otros lugares. Del primer país mencionado, quiero resaltar que una de las banderas de que hace gala Nazarbáyev es el de la tolerancia religiosa, además en el sentido positivo de convivencia pacífica y en positivo de diversas religiones aunque la población kazaja no sea apenas religiosa.

En el polo opuesto están Uzbekistán y Tayikistán donde la pervivencia y activismo de elementos musulmanes, se convierte en una incomodidad para sus gobernantes. En este sentido, frente a lo que no pocos piensan, la idea de que democracia es incompatible con la religión musulmana no es del todo correcta. Esto se puede ver en la oposición al régimen dictatorial en Irán donde gran parte de las fuerzas opositoras tienen una base o sentimiento religioso. Pues bien, esto mismo es predicable de Asia Central, donde, como se ha apuntado, en el caso de Tayikistán, son precisamente partidos musulmanes los que lideran la oposición democrática a la férrea dictadura.

En todo caso, tampoco se ha de pecar de ingenuos e ignorar que dentro de esos grupos puede haber -y los hay- elementos fundamentalistas radicales. Pero no son muy operativos y son bastante escasos. En este sentido, comparada con muchas zonas del planeta, no es Asia Central una región que se caracterice por la situación de violencia y grave riesgo para la seguridad. El rol de Kazajstán, creo que es muy importante, desde su liderazgo y el hecho de su estabilidad, para evitar ese efecto contagio de elementos radicales provenientes de Pakistán u otros países.

Pero eso y hay que decir todo, no significa que sea una zona exenta de poder convertirse en foco peligroso. Por ello, es lo que desde Europa, se debería poner muchísima más atención y presencia (no solo a nivel comercial, como en algunos casos existe) de Europa en esta región. Pero quizás estemos pidiendo un imposible. Si somos absolutamente incapaces de enfocar nuestra propias crisis internas, parece que pedirle

a Lady Ahston una política común y clara respecto a Asia Central, parece que estemos ante un cuento más irreal que el de Aladino,

Además quiero subrayar un aspecto. Los focos de conflicto que se han producido, generalmente en el Sur, en el valle de Fergana, tienen un componente más que propiamente religioso, de carácter étnico.

Uno de las diversas herencias perversas de Stalin fue el trazado caprichoso de líneas divisorias de repúblicas basados en decisiones no racionales. Los conflictos congelados heredados de la guerra fría como Nagorno-Karabaj, Transnistria o Abjasia y Osetia del Sur, tienen reflejo también, a menos escala, en Asia Central donde en algunas zonas la convivencia étnica es muy complicada. Antes he puesto el ejemplo del valle de Fergana.

A éste factor como fuente esporádica de violencia, se une otro vinculado a la fragilidad de las fronteras y el hecho de que esto sea aprovechado como elemento de penetración y expansión de grandes cantidades de droga, en buena parte proveniente de Afganistán, que como negocio ha hecho proliferar en abundantes puntos señores feudales a modo de forajidos cuyos asaltos o el tránsito por terrenos controlados por ellos, crea numerosos problemas.

Una última y breve consideración debe hacerse respecto al factor de seguridad en la región es las consecuencias de la próxima retirada de tropas internacionales del avispero de Afganistán.

Hay que recordar en este sentido que los cinco países, cuando se inició la operación "Libertad Duradera", colaboraron (al igual que Rusia) con las tropas sobre todo norteamericanas. Desde pasillos aéreos a bases militares, la disposición fue positiva. Además en algunos casos como Tayikistán y Uzbekistán, la lucha de los EEUU, con el todo vale incluido, contra los fundamentalistas radicales islamistas, les venía muy bien (también a Putin en sus operaciones en Chechenia) para legitimar e incrementar la represión contra las fuerzas opositoras de base musulmana.

Un vez más, como sucedió con la derrota militar de la URSS tras diez años de intento de ocupación, en este caso, acontece, también, un fracaso político, en ese caso, de los países que se consideran democráticos. ¿Qué sucederá con Afganistán? Y, sobre todo, por lo que aquí nos interesa, ¿Cómo repercutirá esto en Asia central? Sobre ello, casi a modo de sumario, deben ofrecerse unas claves: la progresiva recuperación de la

influencia de Rusia sobre estos territorios a través, sobre todo de acuerdos comerciales, la presencia del liderazgo kazajo en la zona y su especial interés por la estabilidad, la relación cada vez más intensa de China con algunos de esos países y que converge también en su interés por la seguridad en la zona.

Pero en todo caso, lo que resulta muy claro es, una vez más, el fracaso y la miopía de una Unión Europea sobre la región en la que apenas se pregunta por la incidencia en Asia Central tras la marcha militar y humanitaria del país de las amapolas y las cometas. Pero claro, pedir a la UE con una crisis de identidad atroz sobre si misma que se ocupe de Asia Central es como un cuento más inverosímil que cualquiera de los de Las Mil y Una Noches.

Jesús Lopez-Medel Bascones
Abogado del Estado jefe
Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.